

Entrevista a Margaret Atwood

La ciencia de escribir

Por Pablo Ingberg

El programa cómico mejor reputado de la televisión de Canadá, Real Farsa Aérea Canadiense (juego de palabras con *Fuerza Aérea*), incluye un personaje que lleva el nombre de Margaret Atwood. Ese simple dato ilustra la significación que esta múltiple autora, nacida en Ottawa en 1939, tiene para la literatura de su país. Incluso quienes no la han leído saben quién es, y cada libro suyo, desde los comienzos de su carrera en los años sesenta, ha conseguido elogios de la crítica, a veces los premios más destacados, y siempre buenas ventas. En el mundo de habla inglesa y en varios países de Europa, hace ya un par de décadas que su obra es conocida y reconocida.

La presente entrevista tuvo lugar en un pequeño restaurante de Toronto, la ciudad donde reside Atwood. Sus tremendos ojos azules, que en las fotos impresionan por la firmeza con que miran, estaban ese día ligeramente apagados por el resfrío. Poco después que ella, llegó su secretaria, Sarah Cooper, y también pasó por unos minutos el novelista canadiense Graeme Gibson, segundo esposo (aunque sin casamiento de por medio) de la escritora y padre de su única hija, nacida en 1976. Una vez que él se retiró, mientras ella bebía su escocés puro y un jugo de naranja (“es por el resfrío”, dijo, sin aclarar a cuál de ambas bebidas aludía) y la secretaria escuchaba atentamente, se desarrolló la charla.

–*Su padre era biólogo y entomólogo. ¿Encuentra alguna relación entre eso y el modo en que usted escribe?*

–Muchos biólogos son buenos lectores, y ése era el caso de mi padre. Siempre había libros en casa, y eran uno de los temas de discusión. Él leía todo tipo de libros, no sólo científicos, sino también de historia y de literatura, aunque para mí su gusto era un poco anticuado. Después de todo él había nacido en 1906.

–*¿Usted lo veía trabajar?*

–Todo el tiempo, porque vivíamos en un bosque, y él tenía allí su laboratorio de investigación donde estaba trabajando permanentemente.

–*En sus novelas Resurgir y Ojo de gato usted toma algo de ese tema.*

–Sí, especialmente en *Ojo de gato*. Allí está el ambiente de los biólogos tal como era en aquel tiempo. Lo que más le gustaba a mi padre era trabajar afuera, el trabajo de campo. Los biólogos estudian la vida, y eso mismo hacen los novelistas. Los biólogos y los novelistas tienen un rasgo en común: la curiosidad. Además ambos formulan hipótesis, y después se dedican a dar vueltas alrededor de ellas. A veces llegan a una respuesta, a veces no. A veces la hipótesis simplemente lleva a otra hipótesis. En muchos casos la escritura tiene que ver con eso: hay un problema, no se conoce la solución, y se empieza a intentar distintas vías. Tal vez ninguna funciona, o alguna funciona pero el costo es demasiado alto. En otras palabras, la operación fue un éxito pero el paciente murió. Lo que se aprende al criarse junto a un biólogo es la precisión, y la observación de los detalles. Este escarabajo tiene cinco puntos, este otro tiene solamente cuatro. ¿Es sólo una variación o es una especie diferente? ¿Por qué la gente actúa de un modo tan terrible? Tal vez sea por esto. Pero cambiamos esto y ellos siguen actuando igual, entonces debe de ser por otra cosa. Todo eso viene de la curiosidad y la observación. La curiosidad y la observación son dos dones fatales.

–*Uno de los últimos libros suyos que se tradujeron al castellano es Chicas bailarinas (Lumen). Además de esa observación, esa mirada tan particular, me llamó la atención el modo en que terminan todos los cuentos: cierran como sin cerrar, y cada uno a su manera.*

–Bueno, no es el final más tradicional, decimonónico, pero la ambigüedad es habitual en la literatura moderna. Y la variedad tiene que ver con uno de los primeros objetivos de todo escritor: no aburrirse mortalmente a sí mismo.

–*Usted lleva escritos unos treinta y cinco libros...*

–Es que soy muy vieja. Cuando usted tenga mi edad también va a haber escrito la misma cantidad.

–*Pero usted escribió treinta y cinco libros en menos de treinta y cinco años de carrera.*

–Porque algunos son muy breves. (El mozo levanta algo del suelo y lo acerca a la mesa, para alegría de la entrevistada, que así puede cambiar de tema.) Lo mandó Dios. ¿Qué es? Ah, es una foto mía. De cuando yo tenía dieciséis años más o menos. Me la saqué en una de esas máquinas que funcionan con monedas.

–*¿Cómo era la literatura canadiense en esa época?*

–Eso era en 1956, prácticamente no había una literatura canadiense. Había unas pocas personas que escribían, pero casi no se las conocía. Apenas si tenían lectores. Y no se enseñaba nada de eso en las escuelas. Así que una se criaba creyendo que no existía ninguna literatura canadiense, que literatura era la del siglo XIX o Shakespeare, o algo escrito en inglés pero no en Canadá.

–*¿Y en qué ha cambiado la literatura canadiense desde entonces?*

–Bueno, al menos ahora tenemos una. Empezó a desarrollarse más a partir de los años sesenta. Ahora hay jóvenes que pueden imaginarse una carrera como escritores. Nosotros no sentíamos eso. Habría sido ridículo creer que se podía ganar algún dinero con lo que se escribía. No había nadie en esa situación.

–*Pero hoy en día son pocos los escritores canadienses que viven únicamente de lo que escriben.*

–Más de los que usted cree. El porcentaje en relación al total de escritores es pequeño, pero es que hay tantos escritores... A cada rato aparece un nuevo novelista. En fin, no será posible para todos, pero al menos es posible, y en mis tiempos no lo era. Por ejemplo, Andrei Alexis, pasó hambre durante años, y de pronto una de sus novelas tuvo éxito. Cuando yo estaba empezando a escribir eso no existía, no había lectores para los autores canadienses, ni siquiera se los publicaba casi. Ahora hay una industria editorial, y hay un pasado. Las editoriales buscan nuevos escritores, y si encuentran uno, puede ser tenido en cuenta por editoriales inglesas, alemanas, europeas. Incluso puede conseguir un contrato en Estados Unidos antes que aquí, eso no es inusual. Recuerde que el mercado de habla inglesa es el mayor en el mundo de los libros.

–*Pero en algún sentido usted ha sido una excepción.*

–Ya no lo soy más. Fíjese en Michael Ondaatje, en Carol Shields... (La secretaria la interrumpe acotando que la mayor parte de los escritores no están en esa misma situación.) Pero hay unos cuantos que ganan bastante dinero y son conocidos en el extranjero y también han contratado secretarías: Anne Marie McDonald, Michael Ondaatje, Barbara Gaudi, Carol Shields, Alice Munro, Mordecai Richler... Son varios, ya no se puede decir que yo soy una excepción, yo *era* una excepción.

–*Sin embargo sigue siendo la más conocida en el extranjero.*

–Pero hay otros casi igualmente conocidos: Robertson Davies, Michael Ondaatje...

–*En el caso de Ondaatje, fue en gran medida por el Oscar que ganó la película basada en su novela El paciente inglés. De todas maneras, yo no digo que usted esté sola.*

–La verdad es que estuve sola por un tiempo, y era muy aburrido. Porque siempre me preguntaban si no había otros escritores canadienses. Y yo por supuesto sabía que había montones, pero los nombraba y no los conocía nadie. Ahora sí los conocen.

–*La película basada en su novela El cuento de la criada (llevada al cine con guión de Harold Pinter y dirección de Volker Schlöndorff), ¿tuvo mucha incidencia en la distribución de sus libros en el extranjero?*

–Sí y no. Antes ya venían publicándome en el extranjero. Además, el libro apareció en 1985, la película se estrenó en 1989, pasó bastante tiempo entre medio. Es verdad que si un libro se lleva al cine se vende mucho más, pero el efecto lo produjo primero el libro mismo, en Estados Unidos fue *bestseller* antes de que se hiciera la película.

–*El tema (un futuro próximo en el que un grupo cristiano fundamentalista ha tomado el poder en cierta zona de los Estados Unidos e impuesto un régimen totalitario) hizo que la película resultara problemática. ¿Tuvo algún tipo de dificultades personales?*

–Yo no, la compañía distribuidora, recibieron amenazas de muerte.

–*¿En Estados Unidos?*

–Sí, claro. Pero yo personalmente no lo sufrí. El libro estuvo prohibido en una que otra parte, pero no tuve ningún problema del tipo Salman Rushdie, en lo más mínimo.

–*He leído entrevistas a escritoras estadounidenses que afirman que en sus libros, y particularmente en su primera novela, The Edible Woman (no traducida al castellano), encontraron un nuevo modo de escribir para las mujeres. Cuando apareció ese libro, en 1969, el movimiento feminista estaba comenzando a organizarse...*

–Sí, pero yo la había escrito cuatro años antes, cuando no existía ningún movimiento feminista. El asunto fue que la editorial demoró cuatro años en publicarla, porque archivaron el manuscrito y lo perdieron. En 1967 recibí el Governor General's Award (el premio literario más importante de Canadá) por un libro de poemas, y el mismo editor al que yo le había llevado antes la novela leyó en un reportaje que yo tenía un libro inédito y me llamó para pedírmelo. En fin, terminó apareciendo en 1969, pero yo lo había escrito entre 1964 y 1965.

–*Usted siempre quiso evitar que se la identificara con el feminismo.*

–Bueno, sí, es que es una etiqueta, y a la gente le gusta poner etiquetas. Además yo nunca me propuse ser feminista al escribir. Yo soy escritora, no propagandista. En todo caso lo que escribo proviene de la observación de la realidad.

–*He leído que usted pasó por varios episodios graciosos a raíz de que la identificaban con sus personajes.*

–Ah, sí. Con *The Edible Woman*, como la protagonista se identifica con lo que come y deja de comer, me preguntaron si yo era anoréxica. Con mi siguiente novela, *Resurgir*, como los padres de la protagonista están muertos creyeron que los míos lo estaban, y no era así. Tal vez lo más gracioso fue lo que sucedió con *Doña Oracle*. Una vez leí un capítulo de esa novela en público, después de aclarar que mi obra no era autobiográfica, que la protagonista no era yo, etcétera. Y cuando terminé de leer, como la protagonista es obesa, alguien me preguntó cómo había hecho yo para bajar tanto de peso.

–*Al menos eso no va a pasarle con su última novela, Alias Grace.*

–No, es cierto, la protagonista es un personaje histórico, una irlandesa que vino a Canadá en el siglo XIX y se vio envuelta en el asesinato del caballero para el que trabajaba y del ama de llaves de él. El caso está contado en un libro de Susanna Moodie, otra inmigrante, inglesa ella, la misma en la que está inspirado mi libro de poemas *Los diarios de Susanna Moodie*. Pero la versión que da Moodie es muy parcial y caprichosa. Lo descubrí sobre todo al investigar material periodístico de la época. (Tose por enésima vez.) Discúlpeme, ya estoy quedándome sin voz, tengo que volver a la cama.

Así, casi repentinamente, Margaret Atwood se despide y se retira en compañía de su secretaria, no sin antes saludar al personal del restaurante, que la trata con respetuosa familiaridad. Mientras guardo mis papeles y el grabador, la conjunción de su resfío y la agudeza de su mirada literaria me

traen a la mente unos versos de *La tierra baldía*: “Madame Sosostris, célebre vidente, / Estaba muy resfriada, sin embargo / Dicen que es la más sabia...”.

[RECUADRO]

El feminismo según Atwood

Extractos de *Daño corporal*:

Yo quería ser como él [mi abuelo], pero al cabo de unos años de escuela olvidé esa aspiración. Los hombres eran médicos, las mujeres eran enfermeras. Los hombres eran héroes, y ¿qué eran las mujeres? Las mujeres preparaban rollos de vendas, y eso era casi todo lo que se podía decir sobre ellas. [p. 59; palabras en boca de Rennie, la protagonista]

Al Movimiento de Liberación Femenina le habría encantado Lora, sobre todo en los primeros tiempos, a principios de la década del setenta, cuando les daba por escribir artículos sobre los efectos liberadores de la masturbación. Le habrían dado diez puntos por su sinceridad, lo que llaman “apertura”, y que hace pensar a Rennie siempre en una lata de gusanos destapada. Con todo esto, había escrito varios artículos para el movimiento entonces, hasta que se agotaron sus posibilidades para el público. Hizo entonces un artículo titulado “Quemadas”, entrevistas con ocho mujeres que le explicaron por qué se habían dedicado a tejer individuales y a pintar paisajes en miniatura en botellas, en lugar de trabajar para el movimiento. No les gustó la lucha interna, las peleas de gatos, el remover de basura. Las otras mujeres eran igualmente difíciles para trabajar, y nunca se sabía dónde estaba una con ellas. Todo se desarrollaba a espaldas de una. Por lo menos trabajar con los hombres significaba trabajar sobre la mesa. Con gran diligencia, Rennie registró todas estas declaraciones.

Extraordinario, dijo el editor. Era hora ya de que alguien tuviera el valor de hablar abiertamente. [p. 96]

—No es que tenga nada contra las mujeres —dice, y para sus adentros Rennie dice, *en el lugar que les corresponde*—. Lo que pasa es que cuando uno ha vivido años viendo morir a la gente, mujeres, niños, hombres, todos, ya sea porque se mueren de hambre o porque alguien los mata cuando se quejan, no quedan ganas de escuchar a un montón de mujeres llenas de salud cómodamente sentadas, discutir si deben depilarse las piernas o no. [p. 239, palabras en boca de Paul, personaje masculino]

[RECUADRO]

Atwood en castellano

Hasta el presente, Atwood ha publicado nueve novelas, cuatro libros de cuentos, trece de poesía, cuatro de ensayos y cinco de literatura infantil (además de haber escrito guiones de cine, televisión y radio, libretos para composiciones musicales e innumerables artículos y notas periodísticas). En cualquier librería medianamente importante de Canadá (y de Estados Unidos) hay permanentemente en existencia no menos de una docena de títulos suyos. He aquí, en orden cronológico de publicación en castellano, los libros suyos que han sido traducidos a nuestra lengua, muchos de ellos ya fuera de circulación:

- Daño corporal* (1981, novela), Sudamericana, 1985
El cuento de la criada (1985, novela), Seix Barral y Sudamericana, 1987
Ojo de gato (1988, novela), Ediciones B, 1988
El buevo de Barba Azul (1986, cuentos), Martínez Roca, 1990
Los diarios de Susanna Moodie (1970, poesía), Pre-Textos, 1991
Resurgir (1972, novela), Muchnik, 1994
Doña Oracle (1976, novela), Muchnik, 1996
La novia ladrona (1993, novela), Ediciones B, 1996
Chicas bailarinas (1977, cuentos), Lumen, 1998
Alias Grace (1996, novela), Ediciones B, 1998
Asesinato en la oscuridad (1983, cuentos breves y poemas en prosa), KRK, 1999 (distribuido sólo en Oviedo, España)